

1.- Comentario a las lecturas. Hay dos cosas que acostumbramos a hacer en nuestro trato con los demás: 1º cuando hablamos de sus problemas, que todos tenemos muy claro por qué los tienen y cómo solucionarlos, y 2º cuando los juzgamos, que vemos aún más claro todavía, cómo son, clasificándolos sin ningún tipo de dudas en buenos, malos o regulares. Sin embargo, cuando hablamos de nosotros mismos no solemos ver las cosas tan claras: ni para aceptar nuestra cruz y comprenderla, que siempre nos parece que es la peor del mundo, ni para describirnos, que, normalmente, al contrario de lo que hacemos con el prójimo, nos solemos ver buenas personas y como máximo con algunos defectos, pero, en cualquier caso, menos que los que les vemos a los demás.

El evangelio de hoy nos retrata de forma certera porque todos, en mayor o menor medida, somos así: vemos la mota en el ojo ajeno y no la viga en el nuestro y, normalmente, juzgamos con pesimismo nuestra vida no aceptándola como es. Parece que hemos nacido con una venda en los ojos que nos impide ver las cosas con humildad y con esperanza. De todas maneras, con el paso de los años esta venda se va cayendo poco a poco, por una parte, con las caídas en los mismos errores que criticamos de los demás, que nos muestran que no somos mejores que nadie, y respecto a ver nuestra cruz con esperanza, de primeras nadie la entiende o la juzgamos malísima pero conforme pasa el tiempo y vamos madurando vamos comprendiendo que no era tan mala e injusta como pensábamos, y comprendemos que hasta nos hizo bien.

De todas maneras, lo que de verdad nos ilumina la realidad y nos permite juzgar las cosas como son, es la fe. La fe te cambia para bien, porque te ayuda a conocerte a ti mismo y a ver la misericordia que Dios te tiene, lo que te hace amar a los demás y a comprender sus errores y caídas y te hace ver que todo lo que te pasa es para tu bien porque como dice S. Pablo: “Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman” (Rm 8,28)

Nuestro problema, por tanto, es que estamos ciegos y no lo sabemos, y así nos pasamos la vida juzgando a todos y a todo. El Apocalipsis tiene unas palabras muy duras para los que están en esta situación y no quieren reconocer con humildad su ceguera. Dice: “Porque dices: ‘Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad’; y no sabes que eres un miserable y digno de lástima, pobre, ciego y desnudo”. (Ap 3,17). Ojalá que nos viéramos así, porque la primera condición para ver es reconocer que no ves, como dice el Señor: “...como decís vemos vuestro pecado permanece” (Jn 9,41). Reconozcamos siempre nuestro pecado y pobreza porque solo así veremos el amor de Dios en nuestra vida y en nuestros problemas, y tendremos la alegría de amar a los demás sin juzgarlos.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º ¿Has experimentado algún cambio en tu forma de ver a los demás? ¿Los juzgas con misericordia?; 2º ¿Tienes iluminada tu historia? ¿Ves en TODO lo que te ha pasado el amor de Dios?

3.- Para meditar. “Lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa”. (Monseñor Munilla, obispo de Alicante).